

"LA SONRISA DE SULE"



"LA SONRISA DE SULE"



JUAN ANTONIO VALERO PEÓN.



“LA SONRISA DE SULE”



Aquella mañana de julio amaneció con el cielo gris, casi negro, con tormentas y truenos en casi todo el país, un país africano llamado Mali.

Sule tenía por aquel entonces nueve años y vivía en una especie de aldea de tres casas de madera, (al sur del país, casi en la frontera con Burkina Faso) hecha con el esfuerzo de todos durante el último año, porque antes de aquel hogar, Sule, su madre y sus cuatro hermanos vivían en la calle, en sitios donde podían refugiarse, y sin apenas dinero para comer.

No era fácil para Sule despertar cada mañana y cumplir las misiones que la madre le encomendaba, sin padre alguno, era él el encargado de algunas duras tareas, como traer agua de un pozo a seis kilómetros o recoger harina en otra aldea a otros siete.

La madre de Sule se llamaba **Niara**, era joven, apenas 26 años, e increíblemente bella, tanto que todas las mariposas se posaban en su hombro, atraídas por el esplendor de su rostro y sus bonitos ojos.

Niara tenía una dura vida y gracias a **Sule** podía descansar algunos minutos al día, cuando a veces jugaban los cuatro hermanos, **Tafari**, de cinco años, **Ayo**, de tres, y **Jabulani**, quien era un bebé apenas recién nacido.

Cada mañana, antes del amanecer Sule debía caminar con un bote viejo de plástico durante seis kilómetros y regresar pronto para que su familia pudiera aquel día beber agua del único pozo que quedaba de la zona. Ya conocía el camino de memoria, llegó a contar unos 29 árboles en el lado derecho del sendero y apenas 8 en el izquierdo.

Sule no sabía aún leer, ni escribir, eran los miércoles los días que podía recibir clases en la escuela del poblado con Mezquita más cercano, y allí durante cuatro horas Sule pudo comenzar a estudiar.

Él era un niño con ganas de ser alguien en la vida, y sin leer o escribir difícilmente lo conseguiría. Los miércoles tenía la mañana ocupada con el estudio, por eso los martes era el día más duro de Sule, que tenía que ir a por agua por la mañana y por la tarde, antes del anochecer, para tener suficiente para el miércoles.

Sule no se daba cuenta de lo difícil que sería prosperar allí, y no se daba cuenta porque lo más importante para él era sobrevivir cada día, gracias al agua y a la harina que él mismo llevaba a casa. Pero así, ya era alguien importante, el más importante para sus seres queridos, un héroe, así era como Niara miraba a su pequeño hijo Sule, con admiración.

Aquella mañana de julio amaneció lluviosa y Sule no necesitó ir al pozo, la lluvia llenaría el bote, pero decidió hacer algo que llevaba tiempo pensando, encontrar otro bote de plástico para llenar dos botellas en el pozo, y así tener que ir menos veces al día y más veces a aprender a leer, escribir y sumar, aunque eso era casi imposible, nunca sobaban botes para rellenar agua, había gente que incluso de noche pasaba horas rebuscando recipientes para el agua.

Apenas desayunaba un trozo de pan, y los mejores días algo de miel que un buen hombre dejaba en la puerta de las tres casas de la aldea, un par de días al mes. Eso era lo mejor de aquel lugar, que las personas se ayudaban, eran solidarias y bondadosas.



“LA SONRISA DE SULE”



Sule tenía unos únicos zapatos, pero el zapato derecho comenzaba a abrirse por la puntera, así que se amarraba como podía con una cuerda y tan contento seguía caminando. No era un niño que se entristeciera con cualquier cosa, era fuerte de mente, de estatura media para tener nueve años, animoso, con gigantesca sonrisa, grandes ojos, delgadito y con pelo corto.

Una de las mañanas que caminaba hacia el pozo observó cómo dos personas clavaban dos postes de madera en el suelo, a un lado del sendero. Cuando Sule regresaba del pozo, cargado de agua, no vio dos postes clavados, sino cuatro... ¿para qué serán esos postes? (se preguntó susurrándose a sí mismo).

El cansancio por el peso del agua hizo olvidar a aquellos misteriosos postes de la cabeza, debía llegar a la aldea antes de que despertasen sus hermanos.

Pero un buen día, un viernes, Sule descubrió algo que le cambiaría la vida y no fue otra cosa que comprender el significado de los cuatro postes misteriosos, ¡eran dos porterías de fútbol!, y ese viernes, un grupo de diez niños estaban jugando un partido con una pelota de verdad, así que Sule, maravillado al ver aquello, dejó el bote en el suelo para mirar el partido con los ojos como platos, expectante, con alegría, mucha alegría.

Al siguiente viernes, ocurrió lo mismo, de camino al pozo pudo ver que allí estaban jugando los mismos niños con la misma pelota, y así cada viernes durante muchos meses.

Sule miraba, como espectador, pero no podía participar, el agua y sus hermanos era más importantes que un juego de correr y dar patadas a una pelota.

Sin embargo desde el primer viernes que Sule vio aquella imagen del partido de fútbol, desde aquel primer viernes, todos y cada uno de los días de su vida soñaba por la noche mientras dormía con aquel deporte, no podía sacarlo de su cabeza, no podía pensar en otra cosa.

Pero... ¿cómo podría jugar un poco con aquellos niños? Ésta era la pregunta que acompañaba a Sule cada mañana, mientras caminaba.

Una noche, Sule se despertó antes que de costumbre, aún era de noche y por algún motivo al no poder dormir tuvo una idea, iría a por agua mucho antes que cada viernes para poder volver de nuevo al sendero de los árboles a intentar jugar al fútbol, ya no soportaba más tiempo sin al menos pedir permiso para jugar aquellos fantásticos partidos de los viernes.

Y así fue, hizo su trabajo, fue hacia el pozo, dejó el bote de agua en el mismo lugar de cada día, junto a su madre, y de nuevo regresó al lugar de los cuatro postes clavados en el suelo.

Ese camino fue extraño para él, porque tenía un poco de miedo a que no le dejaran jugar. Era tanta la ilusión por jugar a ese juego al que jamás había jugado ni visto antes que se puso muy nervioso cuando se acercó al lugar. Permaneció al lado de un árbol, mirando el juego, hasta que la pelota salió disparada hacia donde estaba él, que agarró la pelota, la acarició y valientemente caminó hacia donde estaban los demás niños. Fueron unos segundos donde sintió ser importante, con la pelota en las manos, mientras que todos estaban mirándole extrañados. Al llegar al lugar donde jugaban, todos estaban quietos y en silencio, hasta que Sule dijo con voz decidida y medianamente fuerte:



“LA SONRISA DE SULE”



- Me llamo Sule... ¿puedo jugar?

Todos siguieron en silencio, hasta que uno de ellos, un tal Amadou, se acercó a Sule, le quitó la pelota de las manos y le dijo:

- Claro Sule, eres de ellos, y vais perdiendo. Comentó sonriendo Amadou.

Y así fue como Sule pudo jugar por primera vez al fútbol, aunque ese viernes el partido duró un poco menos porque la pelota se pinchó, pero fue suficiente para que todos pudieran comprobar que Sule era el niño más habilidoso con el balón en los pies de todos los que jamás vieron, quedaron asombrados, tanto que de nuevo Amadou, que era una especie de capitán de todos, le recordó que el próximo viernes también podría jugar, que les estarían esperando.

Aquella mañana de viernes del mes de octubre la vida de Sule cambiaría para siempre, desde ese día su felicidad se multiplicó, gracias al fútbol. Aunque a veces pasaba hambre, el duro camino hacia el pozo se hacía largo y pasaban cosas tristes... aquel balón hizo que Sule viera la vida de otra forma, todo se convirtió en ilusión, ilusión por jugar los viernes.

Aquellos eran partidos que nunca veía nadie, solo jugaban chicos de las aldeas, organizado por un señor que regaló los postes y la pelota, incluso la arreglaba cuando se pinchaba.

Un buen día ese señor se acercó a visitar a los chicos que jugaban. No iba solo, fue acompañado por otra persona, que resultó ser un futbolista que jugaba en la liga de Francia, era un profesional del fútbol. El señor que regaló los postes, conocido en el sur de Mali por su generosidad, de nombre Keita, se acercó a los chavales, paró el juego y les presentó a su amigo, al futbolista.

Todos estaban asombrados, por la ropa y los deportes que tenía, de hecho todos miraban hacia el suelo, boquiabiertos por el lujo de los zapatos.

Aquel jugador se llamaba Anuar, y aunque los jóvenes de la zona no lo conocían aún, no se imaginaban que se tratase un futbolista nacido allí, donde ellos, en aquellas maltrechas casas del sur de Mali.

Anuar saludó a los chicos y estuvo unos minutos en el lugar de juego; mientras tanto Keita fue a recoger unas bolsas al coche, eran unos regalos de Anuar, camisetas, botas, calcetines, guantes... cuando Keita se acercó con todo aquello y les mostró los regalos de Anuar los chicos comenzaron a saltar de alegría, llenos de energía y Anuar emocionado fue repartiéndolo todo entre aquellos felices chicos.

Cuando Sule se puso las botas de futbol regaladas por Anuar y la camiseta de entrenamiento, sintió que el fútbol era su pasión, no por aquellas prendas, que evitarían heridas en los pies, sino porque comenzó a creer con más fuerza que quería ser como Anuar. Ahora Sule no solo tenía una ilusión, jugar al futbol, también tenía un ídolo, Anuar y un sueño, ser futbolista.

Pudo llevar alguna camiseta de más para regalársela a su madre, al menos aunque no para jugar le serviría para vestir, era tela de calidad que por allí no abundaba.

Aquel fue un viernes mágico, con Keita y Anuar viendo como jugaban once niños con alegría en los ojos, con ilusión y felicidad.



“LA SONRISA DE SULE”



Así ante la atenta mirada de los dos generosos hombres transcurrió la jornada de aquel inolvidable viernes.

Andar seis kilómetros para llenar un bote de agua a las cinco de la madrugada, regresar caminando otros seis con el bote lleno, y volver a andar tres más para jugar era una dura tarea para un niño de nueve años, pero la ilusión de Sule podía con todo.

Desde que existía el fútbol, sus ojos brillaban mucho más y se multiplicaban sus fuerzas donde antes había agotamiento.

Así, un bonito viernes del mes de diciembre, volvió a aparecer Keita, ésta vez venía solo, se acercó al lugar para llamar a Sule.

- ¡Sule, Sule!, ¿puedes venir por favor? Exclamó Keita desde una de las sombras del sendero. Sule extrañado se paró y quedó pensativo, hasta que volvió a escuchar a Keita.
- ¡Sule, ven rápido!

Ahora si se percató y abandonó el juego para caminar hacia Keita, que estaba alegre, como de costumbre y bien vestido, como siempre.

Lo que Keita le anunció a Sule le hizo creer que estaba viviendo un sueño, pero no, era cierto, Keita quería llevar a Sule a jugar a Francia, a probar durante una semana al club donde jugaba Anuar.

Después de aquella noticia Sule pasó una semana muy nervioso, no paraba de pensar en esa aventura de ser futbolista durante una semana, pero también estaba triste, triste por no jugar los viernes con sus amigos y sobre todo triste por sus hermanos y su madre.

¿Quién va a llevar el agua y la harina a mi familia durante la semana que iré a Francia? Se cuestionaba cabizbajo Sule, cada mañana al despertar.

Era una preocupación en la cabecita de nuestro amigo, pero uno de los días que fue a por harina a la otra aldea tuvo un golpe de suerte, una gran suerte; vio a un perro que se acercó con un bote de plástico agarrado por su boca. Sule intentó hacerse amigo del perrito, lo acarició y cuando pudo agarró el bote y siguió caminando. No se lo podía creer, tenía dos botes para rellenar agua, y eso significaba ganar mucho tiempo e ir mucho menos al pozo. Curiosamente el perrito acompañó a Sule hasta la aldea de la harina y a su propia casa, parecía que aquel animal apareció allí ordenado por algún “Dios” para ayudarle.

Gracias al bondadoso animal, Sule encontró la solución a los siete días que estaría en Francia, fue fácil pensar un plan para que no faltase agua para su familia, iría durante varios días con las dos botellas, y un par de días iría dos veces al pozo, por la mañana y por la tarde, de ese modo el bidón se llenaría con agua suficiente para una semana.

Así era Sule, siempre se sacrificaba y siempre luchaba por conseguir las cosas, además aquel esfuerzo era para él mucho menos pesado que otras veces, porque en su cabeza solo estaba la ilusión por su aventura en Francia, por ser futbolista, como Anuar.



“LA SONRISA DE SULE”



Así fueron transcurriendo los días hasta que un miércoles de un frío mes de enero, Keita y Sule fueron desde la aldea hasta BamaKo, la capital del país, y después en avión durante seis horas, hasta París.

Desde el momento en el que Keita apareció por la humilde aldea de Sule, hasta que llegó al hotel de París, durante esas catorce horas, Sule se sintió muy extraño, porque por primera vez estaba alejándose de sus hermanos y de su madre, por primera vez estaba volando, y por primera vez saldría de África. Llegó a pensar que no estaba preparado para ver una ciudad nueva, con edificios y más edificios, con olor a monedas, todo era muy distinto a su aldea, como otro mundo. Sin embargo rápidamente su cabecita olvidó todo aquello, y volvió a recordar su sueño, ser futbolista, cosa que no le ponía nervioso, al contrario, le daba energía.

Durante la semana en París, Keita no se separaba de Sule e intentó que todo saliera bien, incluso estuvieron un par de días con Anuar, paseando por la ciudad, aquella era una ciudad maravillosa, pero bastante fría.

Todo fue sucediendo a gran velocidad, Sule hizo las pruebas durante la semana en aquel club de fútbol de París, después regresó con Keita a su aldea, con su familia y a los dos meses de aquello, allá por el mes de marzo, cuando hacía bastante menos frío que en enero, volvió a ocurrir algo mágico que cambió la vida de Sule y de su familia.

El club de fútbol de París, en el mismo que jugaba Anuar, envió una carta a Keita el 17 de marzo informándole sobre el interés en contratar a Sule como futbolista.

Aquella carta y aquellas palabras que leyó Keita no fueron informadas a Sule, las guardó en secreto porque la intención de Keita era lograr que el club de Francia dieran vivienda y trabajo a la familia de Sule, porque ¿cómo podrían prosperar allí en aquella aldea sin Sule?, y ¿cómo de triste estaría Sule en un país como Francia?

Así fue, el club de fútbol de París prometió a Keita que darían un nuevo hogar y trabajo a la familia de Sule a partir de agosto, cuando comenzase la nueva temporada, pero que su gran futbolista Anuar les ofrecería durante esos meses su vivienda.

No fue fácil llegar hasta allí, gracias a personas bondadosas y solidarias Sule estaba viviendo un sueño, al menos ya no pasaban hambre o sed.

Sule era un niño tan educado que la palabra que más utilizaba en los primeros meses en Francia era la palabra francesa “merci”, que significa gracias. Y así fue como lo llamaban en el club. La carrera futbolística de Sule fue rápida, era tan buen jugador, tan buen delantero que a los 16 años ya se convirtió en un futbolista profesional conocido y admirado.

Su madre y sus hermanos estaban tan orgullosos que acompañaban a Sule a todas partes, a los entrenamientos, partidos, a restaurantes, y como no, Keita, que los visitaba una vez al mes sintiendo tanto orgullo como si fuera su padre, al igual que Anuar.

Aquellas personas formaban una familia, una auténtica familia, la familia de Sule, porque para ellos seguía llamándose Sule, aunque para los aficionados franceses Sule no existía, allí lo conocían como “Merci”, el gran delantero del club de fútbol de París, “Merci”.



“LA SONRISA DE SULE”



Sule creció y pasó el resto de su vida en Francia, prosperó, sus hermanos estudiaron en importantes universidades, su mamá se hizo modelo de unos famosos perfumes, todo lo que pasó en Francia fue como un sueño imposible de imaginar por aquellas personas que una vez vivieron en una maltrecha cabaña de madera en una aldea al sur de Mali, cerca de la frontera con Burkina Faso.

El fútbol cambió la vida de Anuar, la de Sule y la de otros tantos muchachos que vivían con la ilusión de ser futbolistas, de perseguir sus sueños, y que lucharon por mejorar en la vida.

Sule participó quince temporadas en la liga de Francia, marcando un total de 250 goles en 525 partidos. Recibió numerosos premios y durante esos años, “Merci”, el delantero “Merci” fue un ejemplo para muchos niños y un ídolo en su país, hasta donde enviaba cada mes una bolsa llena de ropa y zapatos de fútbol a algún colegio o aldea de Mali. Sule nunca olvidó su origen y siempre agradecía todo lo bueno que le pasó.

Cuando dejó de ser futbolista, una vez le hicieron una entrevista para un periódico muy popular en Francia, y una de las preguntas fue:

-Un personaje tan famoso y tan rico en Francia como tú, ídolo de tantos aficionados... ¿Cuál es el recuerdo más bonito de tu vida, cuando ganaste la liga, o quizá cuando recibiste el premio de máximo anotador?

Sule estuvo pensativo durante varios segundos y respondió lo siguiente:

- El mejor recuerdo de mi vida, del que nunca me olvido, es **la sonrisa** que se dibujaba en mi cara cada viernes, al llegar al campo para jugar con mis amigos de las aldeas después de caminar quince kilómetros, seis de ellos, cargado de botes de agua.



"LA SONRISA DE SULE"



MORALEJA:

LA FELICIDAD NO SE ENCUENTRA EN AQUELLO QUE LOGRAS,
SINO POR CÓMO LO ALCANZAS.

